2634

Cosas de Quevedo

Samarit

11

SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

ARITMÉTICA GENERA

POR

EDUARDO BENOT

Cuaderno 40—2 reales

ADMINISTRACION
CALLE DE DON MARTÍN, 13
TELÉFONO NÚMERO 3.197

COSAS DE QUEVEDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Original de

D. RAFAEL TAMARIT PONCE.

ALMERIA.—1863.
Imprenta de D. Jose Vicente Sangerman,
calle de Arraez, núm. 2.

Al Señor Don José de Acosta y Vejarano, Presidente del Circulo de Almeria.

Deseoso de dar á V. una prueba de la señalada consideracion y aprecio que me inspira, tengo el honor de dedicarle esta pequeña produccion, sintiendo unicamente que por su escaso mérito no sea digna del buen talento de que se halla V. dotado y que admira su atento, seguro servidor

Q. B. S. M.

R. Camarit Ponce.

Personages.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.
DOÑA ELVIRA CARBAJAL.
D. ALBERTO GIRÓN.
D. RODRIGO CALDERON.
RUIZ.
SANCHO.
SARMIENTO.
NUÑO.
} Oficiales de guardias.
Un Alcalde de casa y corte.
Un mesonero.

La escena en Madrid, año 1618.

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

677078

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/cosasdequevedoco537tama

ACTO UNICO.

Noche. — Meson de la Estrella. Una puerta al fondo que corresponde al zaguan; otra primer término izquierda que conduce al interior de la casa, y en segundo término derecha, una ventana que dá á la calle. Sobre la puerta del fondo, una imagen alumbrada por un farolillo; en primer término derecha, una mesa, una luz y algunos taburetes.

ESCENA I.

RUIZ, SANCHO y SARMIENTO sentados y apurando algunos vasos de vino.

RUIZ. Duda no os quepa, buen Sancho,
ni á vos tampoco, Sarmiento:
es hombre que vale mucho
don Francisco de Quevedo.
Ni el envidioso privado
del Rey Felipe tercero,
ni don Rodrigo, ni Uceda,
ni Aliaga, ni el de Lemos,
ni otros muchos cortesanos,
cuyos nombres me reservo,
han conseguido apagar
la luz de ese claro ingenio.

SANCHO. Es muy verdad, pero en cambio
casi siempre se halla preso
ó perseguido.

RUIZ. Eso prueba
que les causa envidia y miedo:
como callar no le agrada,
ni le gustan los enredos,

ni torpes maquinaciones
que causen á España duelo,
él inquiere y desenreda
y destruye los cimientos
con que se suelen alzar...

SARMIENTO. Señor Ruiz, vamos bebiendo.

Vuelven á llenar los vasos y á beber.

RUIZ. De aquí las persecuciones
que pesan sobre Quevedo.

SARMIENTO. Dicen que se halla en Madrid.

RUIZ. Hace ya que le tenemos
aquí unos ocho ó diez dias.

SANCHO. Y vos sabeis el objeto?..

RUIZ. Se suponen varias cosas,
mas segun lo que yó creo
ha venido á proteger...

SARMIENTO. A quién?

RUIZ. A un tal don Alberto
Giron, sobrino de Osuna.

SANCHO. De Osuna?

RUIZ. Si.

SANCHO. Ya comprendo:
ese joven debe ser,
segun ayer me digeron,
el rival de Calderon.

RUIZ. Justamente.

SARMIENTO. Pues si es cierto,
la partida ha de perderla
don Francisco.

RUIZ. Allá veremos.

SANCHO. No sabeis que don Rodrigo
goza de muy grandes fueros,
y que es tambien secretario
del ministro?

RUIZ. A pesar de eso
puede ocurrir que no triunfe.

SANCHO. Y quién es ella?

RUIZ. Un portento
de hermosura: doña Elvira
de Carbajal!

SANCHO En efecto;

es la dama de mas nota
por su belleza y talento.

RUIZ. Y por la que anoche, dicen,
que á don Rodrigo le dieron
unos cuantos cintarazos.

SARMIENTO. Mirando hácia el fondo, donde aparecerá don Rodrigo embozado.
Señor Ruiz, hablad mas quedo,
que un hombre acaba de entrar.

Los tres miran hácia el fondo.

SANCHO. Teneis razon.

RUIZ. Pues silencio.

ESCENA II.

Los anteriores y D. RODRIGO.

D. RODRIGO. Guardeos el cielo, señores.

SARMIENTO. El os guarde, don Rodrigo.

Se levantan.

D. RODRIGO. Mucho me place encontraros.

SANCHO. Tambien nos place infinito
saludar aquí al ilustre
secretario del ministro.

D. RODRIGO. Mil gracias. Pero... sentaos:
tenemos que hablar.

Se sienta, y despues los demás.

SARMIENTO. Ya oimos.

D. RODRIGO. Esta mañana, señores,
un billete he recibido
por el que sé que esta noche
á las nueve, en este sitio,
una dama de la Reina,
de alto nombre y de gran brillo,
tiene una cita amorosa
con un doncel que ha venido
hace muy poco á la corte,
y que segun el escrito
entrar anoche en palacio
con la tal dama le han visto.
Y como escándalos son
en verdad muy poco dignos

de aquellos á quienes nombran
los reyes á su servicio,
es conveniente evitarlos
y apelar al correctivo.

SARMIENTO. Contad siempre con nosotros
que fieles al Rey servimos.

D. RODRIGO. Ya sabe su Magestad
que lo sois y muy activos,
y asi espero que esta noche
me servireis de testigos
del lance.

RUIZ. Sabeis si en él
tiene parte don Francisco
de Quevedo?

D. RODRIGO. Esa pregunta!..

RUIZ. Nace, señor don Rodrigo,
de que por todo Madrid
hoy sin reparo se ha dicho
que anoche el tal buen Quevedo
por amparar decidido
á una dama de palacio,
y acaso á ese joven mismo,
se batió con... no se quien
que se propuso seguirlos.

D. RODRIGO. Estoy muy bien informado
de cuanto habeis referido;
pero esta noche Quevedo,
no podrá hacer lo que hizo,
que en la torre de Lujanes
se encuentra poco festivo.

RUIZ. ¿Ha sido preso? Con estrañeza.

D. RODRIGO. Si tal,
por mandato del ministro.
Y respecto de la dama
y del amante, yó os fio,
que presos tambien irán
como el duque ha prevenido:
»el amante, con la ronda,
»la dama, con don Rodrigo.»

SARMIENTO. Habeis fustrado los planes
del poeta don Francisco.

SANCHO. Apolo en esta ocasion
de muy poco le ha servido.

D. RODRIGO. Levantándose y tras él los demás.
Ya lo veis. Mas ahora os ruego
que sin tregua y con sigilo
os agregueis á la ronda
que vela por estos sitios,
con la cual aquí entrareis
en cuanto escucheis mi aviso.

Saludan y se retiran puerta foro.

ESCENA III.

D. RODRIGO sentándose y tomando un ademan pensativo.

¡Dos años yá, sí, dos años
que el alma por vos suspira,
y en cambio vos doña Elvira
me pagais con desengaños!
Con vehemencia os supliqué,
os amé con frenesí,
y siempre, señora, ví
despreciada mi honda fé!..
Lo que el amor no alcanzó,
el ardid lo alcanzará:
vuestro amante preso irá
y con vos quedaré yó.
Y si os negais á ser mia,
yó os prometo altiva dama
que de vuestra honrosa fama
hoy será el último dia.

En este momento aparece en el fondo Quevedo y el Mesonero.

ESCENA IV.

D. RODRIGO, QUEVEDO y el MESONERO en el dintél de la puerta.

MESONERO. Si esperar aqui os conviene,
podeis quedaros.

QUEVEDO. Me quedo.

El Mesonero se retira, y Quevedo se dirige hácia donde se halla D. Rodrigo.

D. Rodrigo. Quién vá allá!
Quevedo. No vá, que viene,
don Francisco de Quevedo.
D Rodrigo. Levantándose y mostrando estrañeza al ver á Quevedo.
¿Vos aquí?
Quevedo. Si es que me veis,
y me ois, aunque os enfada,
la pregunta que me haceis
ó es tonta ó es escusada.
D. Rodrigo. Chancero sois en verdad
y chistoso en alto grado.
¡Con que os habeis escapado!
Quevedo. Con suma facilidad. Se sienta.
Tocó un registro el ministro
y en Lujanes me encerró;
pero aluego salí yó,
porqué toqué otro registro.
D. Rodrigo. Confuso estais á fé mia
en el relato, y no se... Se sienta.
Quevedo. Es que siempre á mí me ve,
confuso su señoria.
D. Rodrigo. Sin embargo... y aunque os vemos
confusos, doy en pensar
que debeis mucho estimar
á la condesa de Lemos.
Quevedo. Comprendo... pero no es esa
la mano que me salvó:
no toqué el registro yó
de la señora condesa.
D. Rodrigo. Alguna dama, tal vez,
de palacio, agradecida...
Quevedo. Ya respirais por la herida
que sufre vuestra altivez.
D. Rodrigo. ¡Yó herido! Y en qué sentido?
Quevedo. No hacedme hablar...
D. Rodrigo. Os lo ruego.
Quevedo. Por el dios que pintan ciego,
ciego andais y mal herido.
D. Rodrigo. Ilusion!..
Quevedo. No es ilusion,
pues muchas veces os ví

á sus plantas.

D. RODRIGO. ¡Cómo! ¿A mí?

QUEVEDO. A vos, señor Calderon.
Mas doña Elvira suspira
por quien vale mas que vos,
y en vano pedís á Dios
el amor de doña Elvira.

D. RODRIGO. No pretendo tal fortuna.
Mas quién es el tal varon?

QUEVEDO. Don Alberto de Giron,
sobrino del gran Osuna.
¿Conoceisle? Es el que anoche
mas que vos afortunado
iba de la dama al lado
cuando bajasteis del coche;
el que quisisteis seguir
por conocer la tapada
cuando os detuvo la espada
de aquel... que no os quiso herir.

D. RODRIGO. Ya sé que os batís muy bien;
mas os podeis preparar
que si anoche os tocó dar
acaso esta noche os dén.

QUEVEDO. Levantándose y tras él, D. Rodrigo.
Cuando entré en este meson
y sentado en él os ví,
al punto me dige: aquí
se fragua alguna traicion.
Por lo tanto, prevenido
me dispuse luego á estar.

D. RODRIGO. Y quizá para quedar
esta noche aquí vencido.

QUEVEDO. No temo luchar con vos
siempre y como vos querais.

D. RODRIGO. Con que decidido estais?

QUEVEDO. Ya os lo dige.

D. RODRIGO. Pues, adios.

QUEVEDO. Partís?

D. RODRIGO. Si. Se dirige al fondo.

QUEVEDO. Pues yó aquí sigo
hasta el fin de la aventura.

D. Rodrigo desaparece y Quevedo se asoma á la ventana.

Abrid los ojos, que oscura
la noche está, don Rodrigo.

ESCENA V.

QUEVEDO.

No sé que estrella es la mia,
ni sé como me gobierno,
que entre mugeres metido
constantemente me veo.
Y aunque mal hablé de muchas,
no me abandonan por eso,
ni hay un enredo de amor
donde no se halle Quevedo,
ni del que parte no tome,
ni del que no vaya preso,
ni del que no resultaren
las resultas del enredo.
Y eso que yó, á las mugeres,
francamente, lo confieso,
ni las busco, ni las traigo,
ni las sigo, ni las dejo,
ni las llamo, ni las huyo,
ni las odio, ni las quiero.

Pausa.

Mas volviendo á don Rodrigo:
¿cuál habrá sido su intento
al retirarse de aquí?..
La cita es aquí, y yó creo...
No hay duda de que algo inventa
y lo que inventa no es bueno.
¡Oh, malvado! yó tus planes
estorbar hoy te prometo:
pensaste que me salvó
la condesa de mi encierro
y no es así, mas te juro
que ahora sin perder momento
ella ha de hacer cuanto pueda
por doña Elvira y Alberto.

Partamos, no sin llevar
al aire libre el acero,
que en noches cual la presente
dicen que el diablo anda suelto.

Al dirigirse Quevedo á la puerta, aparece Doña Elvira envuelta en sú manto y aquel se detiene.

ESCENA VI.

QUEVEDO y DOÑA ELVIRA.

QUEVEDO. (¡Una dama!) Bien venida.
DOÑA ELVIRA. ¡Ah! sois vos? ¡Cuánto me alegro! Se descubre.
QUEVEDO. Doña Elvira, el cielo os guarde.
DOÑA ELVIRA. Y á vos tambien. Me digeron
que por órden del ministro...
QUEVEDO. Justo: me llevaron preso,
mas salí pronto, pues siempre
procuro abreviar el tiempo
de estancia en aquel lugar
donde con gusto no entro;
y ya podeis comprender
que el parage de mi encierro
no es el parage en que gusta
aprisionarse Quevedo.
Mas variando de cuestion,
decid, señora, ¿y Alberto?
DOÑA ELVIRA No se... no le he visto... sola
de palacio me trageron
en mi litera, y os juro
que al no verle aquí, me temo
que alguna ronda...
QUEVEDO. Bien puede,
que al fin un acero es poco
contra mas de cuatro aceros.
Sin embargo, no temais.
DOÑA ELVIRA. Y vos ¿qué haceis con el vuestro
desnudo?
QUEVEDO. Guardándolo en la vaina.
Cuando llegasteis
iba á salir... mas al veros
ya de aquí no me separo.

Doña Elvira. ¡Ah! que bueno sois, que bueno!
Quevedo. Deber mio es amparar
á quien tanto valimiento
y fama alcanzó en la corte
por su hermosura y talento.
Doña Elvira. Mil gracias, querido amigo.
Quevedo. Señora, no las merezco,
Dirigiendo la vista al fondo.
Cuanto tarda vuestro amante.
Yó iria... mas no me atrevo
á dejaros aquí sola,
Don Rodrigo, segun creo
no debe andar muy distante
de este meson y me temo...
Doña Elvira. Alguna sorpresa?
Quevedo. Justo:
es un hombre...
Doña Elvira. No haya miedo:
yó me ocultaré si acaso...
Quevedo. Quereis que vaya?
Doña Elvira. Os lo ruego.
Quevedo. Corriente. (Asi podré ver
á la condesa de Lemos
para que del Rey consiga
las órdenes que deseo.)
Bella dama... hasta despues.
Doña Elvira. Que el cielo os guarde, Quevedo.
Sale foro.

ESCENA VII.

Doña Elvira.

Angel que solo inspiras
santos amores,
y alientas con tu fuego
los corazones,
tiende tus alas
de púrpura y de nieve
sobre mi alma.
Tú, que á nuestros ensueños

dás forma y vida,
los que mi pecho inquietan
pronto realiza:
sueños que halagan
tanto cual la primera
bella esperanza.
Nunca las breves horas
de nuestra dicha
se conviertan en honda
melancolía,
y solo, solo
de placer nuestras lágrimas
bañen los ojos!
Aquellos que se adoran,
un cielo habitan,
donde brotan y crecen
flores divinas:
sus ruegos oye
y del cielo en que viven
no los arroges!

ESCENA VIII.

Doña Elvira y D. Rodrigo.

D. Rodrigo. Saludo á la mas hermosa
dama de palacio.
Doña Elvira. ¡Ah!
Se encubre con su manto y se viene á un estremo de la escena.
D. Rodrigo. No os altereis: os lo ruego.
Doña Elvira. Salid al punto.
D. Rodrigo. Nó tal.
Ya que la dicha he tenido
de poderos encontrar
en este sitio y tan sola,
debo, señora, en verdad
aprovechar los momentos
y hablaros...
Doña Elvira. Dejadme en paz. Descubriéndose.
D. Rodrigo. Desdeñosa estais á fé.
Doña Elvira. Estoy como debo estar

con el que llega hasta mí
tan imprudente y audáz.

D. Rodrigo. Advertir, linda señora,
que hoy en mis manos está
vuestro nombre y vuestra fama.

Doña Elvira. En vuestras manos? Callad!
Eso, señor don Rodrigo,
es locamente pensar;
y aunque de todo lo malo
se muy bien que sois capaz,
nada temo obrando bien
de los que siempre obran mal.

D. Rodrigo. Una dama de la Reina
que se la llega á encontrar
en un meson, á estas horas,
yó francamente...

Doña Elvira. Acabad.

D. Rodrigo. No se que dé por ventura
algo bueno que pensar.

Doña Elvira. ¡Don Rodrigo!

D. Rodrigo. Yó, señora,
no dudo que sois la mas...
pero olvidais que las gentes...

Doña Elvira. ¡Las gentes!.. Pues bien, dejad,
que imaginen lo que quieran.

D. Rodrigo. Es, señora, que además
dais lugar al desagrado...

Doña Elvira. De quién?

D. Rodrigo. De su Magestad.

Doña Elvira. ¡Con que vais á delatarme!

D. Rodrigo. Al ministro lo estais yá.

Doña Elvira. ¡Al duque de Lerma!

D. Rodrigo. Cierto:
y órden me acaba de dar
para seguir vuestros pasos
y ved donde vais.

Doña Elvira. ¡Oh! negad
que habeisme hallado.

D. Rodrigo. Imposible:
la ronda os ha visto entrar.

Doña Elvira. Es decir, que no hay remedio?

D. Rodrigo. Uno os queda.
Doña Elvira. Sí.
D. Rodrigo. Escuchad.
Ya sabeis, hace algun tiempo,
que os amo con hondo afan,
y que tan solo en el mundo
vuestro amor puede labrar
mi mas completa ventura,
mi eterna felicidad.
Pues bien, si me prometeis
que esa dicha podré hallar
en vuestro pecho, yó os juro
salvaros.
Doña Elvira. ¡Nunca, jamás!
D. Rodrigo. Ved que perdida os hallais.
Doña Elvira. El cielo me salvará.

ESCENA IX.

Dichos y D. Alberto.

Doña Elvira. ¡Alberto!
D. Alberto. Dirigiéndose hácia ella y tomándole una mano.
¡Mi doña Elvira!
Que os pasa, decidme? Mas...
todo lo comprendo, todo.
Mirando con indignacion á D. Rodrigo.
¿Qué haceis aquí? Pronto: hablad!
D. Rodrigo. Siento, señor don Alberto,
no poderos contestar.
D. Alberto. Vos temeis...
D. Rodrigo. Yó nada temo.
D. Alberto. Pues escuchadme.
D. Rodrigo. Empezad.
D. Alberto. No muy lejos de esta casa
hay don Rodrigo un lugar,
donde cierto caballero,
mas que vos noble y leal,
luchando con vos anoche
os venció. ¿Quereis probar
si esta noche á vos os toca

el triunfo? ¡Vamos allá!

D. Rodrigo. Me estais provocando...

D. Alberto. Si!
Vamos!

Doña Elvira. Queriendo detenerle.
Alberto!

D. Alberto. Apartándola. Dejad.

D. Rodrigo. Os ruego que un solo instante
aquí os digneis esperar:
deberes sagrados tengo
que cumplir antes.

D. Alberto. Marchad,
y no os tardeis en volver.

D. Rodrigo. Mucho no os haré esperar.

Sale puerta foro.

ESCENA X.

Doña Elvira y D. Alberto.

D. Alberto. ¡Cuánto siento, doña Elvira,
qne la mágica alborada
de vuestro primer amor,
hoy por mí se torne pálida,
y que los bellos fulgores
de su pura luz dorada
envueltos en negras brumas
se pierdan en lontananza!

Doña Elvira Sentándose y cerca de ella D. Alberto.
No, don Alberto, la aurora
del amor que nos halaga,
ni se pierde, ni se aleja,
ni por vos se torna pálida.
Los azares que corremos
son nuvecillas que pasan
ligeras por esta atmósfera
que amante Cupido baña
con su aliento.

D. Alberto. ¡Oh! mi Elvira!
Cuantas horas regaladas
de placer y de ternura,

de ilusion y de esperanza,
en vuestras redes de amor
el dios del amor me guarda.

Doña Elvira. Quiera el cielo que ellas sean
eternas, puras y santas!

D. Alberto. Lo serán, pero muy lejos
de Madrid, donde es aciaga
mas que dichosa la vida
de sus bellísimas damas,
donde la flor al nacer
rudo torbellino arrastra,
donde el ambiente no es puro
donde se enturbian las aguas.
Iremos, si, doña Elvira,
á donde al rayar el alba
escucheis mil ruiseñores
cantar en vuestras ventanas,
donde el tranquilo arroyuelo
bordando cintas de plata
copie vuestra faz divina
y vuestras célicas gracias;
donde piseis rica alfombra
de nardos, jazmin y acacias,
donde podais respirar
blanda brisa perfumada
y donde besen de noche
vuestros cabellos las auras!

Doña Elvira. Si, don Alberto, allí espero
ver mi dicha realizada.
Y allí á los claros reflejos
de esa misteriosa lámpara
que luce entre pabellones
y encages de filigrana,
sentados junto á una fuente
que en perlas borbote el agua,
y aspirando la ambrosía
de esas flores delicadas
que lucen boton de oro
sobre cáliz de esmeralda,
yó os cumpliré mis promesas
con toda la fé del alma!

D. ALBERTO. ¡Oh! gracias, mi doña Elvira,
virgen de mi amor, soñada!
¡Dejad que pose mis labios,
en vuestras manos de nácar!

En el momento en que D. Alberto besa la mano á Doña Elvira aparece Quevedo puerta foro

ESCENA XI.

Los anteriores y QUEVEDO.

QUEVEDO. ¡Bravo, señores, muy bien!

Doña Elvira y D. Alberto se levantan retirándose uno de otro; aquella con espresion de rubor.

No hay que alterarse por nada,
que ningun punto se pierde
en tanto que se baraja.

D. ALBERTO. Vos sois muy buen jugador...

QUEVEDO. Eso consiste en las cartas,
cuando los triunfos son buenos
suelo hacer buenas jugadas.
Y respecto á vos, ya veo
que no las haceis muy malas...

D. ALBERTO. Quevedo yó...

QUEVEDO. No penseis
que tal proceder me alarma:
quien curado fué de espanto,
de tan poco no se espanta.
Un beso!.. cosa es tan leve
que ni lastima ni mancha,
y tantos, tantos se dan,
se reciben y se cambian,
que si así como no dejan
señal, la señal dejaran,
¡cuántas y cuantas hermosas,
y hasta de las feas, cuantas,
viéramos con mas señales
que letras encierra un mapa!
Mas hablemos de otra cosa,
pues advierto y no me agrada,
que la amable doña Elvira
nos priva de sus miradas.

Doña Elvira. Con timidez.
No tal, Quevedo; yó siempre
os miro con...
Quevedo. Basta, basta.
Y don Rodrigo, decidme,
ha venido?
Doña Elvira. Por desgracia.
D. Alberto. Cuando yó entré en este meson
aquí el infame se hallaba.
Doña Elvira. Si, Quevedo, y me juró
que habrá de saber mañana
su Magestad que he salido
varias noches del alcazar,
prometiendo difamarme
porque su amor no aceptaba.
Soy de parecer, Alberto,
que salgamos de esta casa
cuanto antes.
D. Alberto. No es posible:
dígele que aquí esperaba
y caballeros cual yó
no faltan á su palabra.
Si quereis partir, Quevedo
os dará noble compaña
hasta palacio. Se asoma á la ventana para reconocer la calle.
Mas yá
tampoco es tiempo: tomada
por la ronda está la calle.
No hay salida. Volviéndose.
Doña Elvira. ¡Virgen santa!
D Alberto. Sin duda que don Rodrigo
nos dispone una emboscada.
Doña Elvira. Y vos qué decís? A Quevedo.
Quevedo. Yo? callo.
Doña Elvira. Con que callais?
Quevedo. Sí!
Doña Elvira. Me estraña.
No pensais?..
Quevedo. Mucho que pienso,
por esa razon callaba,
que cuando piensa Quevedo,

para bien pensar no habla.

DOÑA ELVIRA. Perdonad si mi pregunta...

QUEVEDO. Al contrario... (¡Oh cuanto tarda
ese pliego!) Mirando hácia el fondo.

DOÑA ELVIRA. Ya sabeis
que en vos tengo mi esperanza
y en don Alberto.

QUEVEDO. Señora,
no haya temores.

D. ALBERTO. La espada
de don Francisco y la mia
son en verdad buenas armas
para vencer.

QUEVEDO. No lo dudo,
pero tambien se me alcanza
que encontra de la justicia
es peligroso emplearlas.
Lo mejor es que el ingenio
trabaje en esta jornada,
si es que en ella, solamente
con mi pobre ingenio basta.

DOÑA ELVIRA. Siempre triunfasteis con él,
y hoy en él vemos el áncora
de salvacion.

QUEVEDO. Dios lo quiera,
pues la mar alboratada
por el furioso aquilon
jigantes olas levanta.

D. ALBERTO. Y que hacemos?

QUEVEDO. Por lo pronto
ocultaos en esa cámara
con doña Elvira, y dejadme
sobre cubierta, aunque el agua
salte por las escotillas
y arrecie la marejada.

D. ALBERTO. Y en caso estremo?

QUEVEDO. Si llega,
y vuestro enemigo avanza
y se apresta al abordaje,
demos fuego á santa Bárbara.
Entrad, pues, sin olvidaros

que tras hoy viene mañana.

Doña Elvira y D. Alberto entran puerta izquierda.

ESCENA XII.

QUEVEDO Quitándose el sombrero y las antiparras y dejándolos sobre la mesa.

El, con su amada se vá,
yó, sin amada me quedo;
la ventaja que me lleva
es ventaja que le llevo.
Y amor con amor se paga,
dicen, y justo lo creo.
Anoche en tanto que yó
visitaba á la de Lemos,
en el jardin de la casa
me aguardaba don Alberto.
Y este servicio, en verdad,
es servicio que agradezco,
servicio que bien le pago
con este que bien le presto.
Voy á ver si el enemigo
se encuentra de aquí muy lejos

Aprocsimándose á la ventana.

Pues señor, por mas que miro
no veo... nada, no veo;
ni aun la calle se distingue.

Llevándose la mano á los ojos.

¡Cómo he de ver, si no llevo
las antiparras! Sin duda
las dejé con el sombrero.

Buscando en la mesa.

Justo, aquí están: me las planto
y me cubro al mismo tiempo,
que aunque la noche es templada
aseguran que no es bueno
estar én ciertos lugares
sin lentes y descubierto.

Mientras se coloca las antiparras y el sombrero, que todo será sin separarse de un lado de la mesa, aparece D. Rodrigo puerta foro.

ESCENA XIII.

QUEVEDO y D. RODRIGO.

D. RODRIGO. Quién anda aquí?
QUEVEDO. La pregunta
es muy propia del sugeto;
señor, aquí no anda nadie,
solo estoy, y estoime quedo.
D. RODRIGO. Muy bien, señor don Francisco!
QUEVEDO. Os agrado?
D. RODRIGO. Si.
QUEVEDO. Me alegro.
D. RODRIGO. Mas decid: ¿Dónde se ocultan
doña Elvira y D. Alberto?
Orden traigo del ministro...
QUEVEDO. Acaso para prenderlos?
D. RODRIGO. Cabalmente.
QUEVEDO. Obra sin duda
de vuestro claro talento!
D. RODRIGO. Con él ó sin él, vereis
que al fin esta noche os venzo.
QUEVEDO. Estais seguro?
D. RODRIGO. Lo estoy.
Conmigo una ronda llevo
dispuesta á cumplir mis órdenes.
Quevedo se sonrie.
Os reis? Ola! Aquí dentro.
Llama desde la puerta.

ESCENA XIV.

Dichos, el ALCALDE, SANCHO, RUIZ y SARMIENTO
qne aparecen puerta foro.

D. RODRIGO. Registrad toda la casa
y si los hallais, prendedlos!
Así el ministro lo ordena.
Al dirigirse el Alcalde á la puerta izquierda, se interpone Quevedo.
QUEVEDO. Alto ahí! Yó soy primero,
que á cumplir tales mandatos,
ventaja á ninguno cedo.

Se aprocsima á la puerta y dá dos palmadas.

No tardarán en salir.

D. RODRIGO. Triunfo seguro. A Quevedo.

QUEVEDO. Veremos.

D. RODRIGO. No lo dudeis.

QUEVEDO. Pues lo dudo.

D. RODRIGO. Soy Calderon!

QUEVEDO. Yó, Quevedo!

ESCENA XV.

Los anteriores, Doña ELVIRA y D. ALBERTO.

D. ALBERTO. Mirando con indignacion á D. Rodrigo.
Al fin traidor y cobarde!

D. RODRIGO. Prendedle! Al Alcalde.

Doña ELVIRA. A Quevedo. ¿Qué es esto?

QUEVEDO. A Doña Elvira. Calma:
os os altereis.

ALCALDE. A D. Alberto. Caballero...
entregadme vuestra espada.

D. ALBERTO. ¡Voto á mil! Mirando á Quevedo.

QUEVEDO. Obedeced
que así el ministro lo manda.

D. Alberto entrega su espada al Alcalde.

D. ALBERTO. Con que perdidos estamos? A Quevedo.

QUEVEDO. Aun nos queda santa Bàrbara,
y es facil que al estallar
vaya don Rodrigo al agua
y nosotros nos salvemos
por milagro de la santa.

D. RODRIGO. Tal lo esperais?

QUEVEDO. Tal lo espero.

D. RODRIGO. Pues contad por disipada,
cual humo que el viento lleva,
esa idea que os halaga.

QUEVEDO. Cuento que contais muy mal
lo que á vos no se os alcanza.

D. RODRIGO. Dentro de poco, Quevedo,
me lo direis. Noble dama;
respecto á vos, se me ordena

que por mí seais presentada
á su Magestad. Mi coche
muy cerca de aquí os aguarda.
Salgamos pues.

En este momento aparece Nuño puerta foro con un pliego en la mano.

ESCENA XVI.

Los anteriores y NUÑO.

NUÑO. Don Francisco:
el Capitan de la guardia
del real palacio, este pliego
me ordena entregaros.

Se lo entrega y se retira puerta foro. Los damás permanecen fijos en Quevedo.

QUEVEDO. Gracias...
á Dios! señor don Rodrigo:
escuchad bien lo que manda
su Magestad.

D. RODRIGO. Cómo!.. ¿El Rey?

QUEVEDO. Justamente: santa Bárbara.

Mivimiento de sorpresa en todos.

Leyendo.

»Dispongo que no se cumpla
»la órden de prision dictada
»contra el noble don Alberto
»de Giron y de la dama
»doña Elvira Carvajal,
»á quien otorgo la gracia
»que pide para enlazarse
»con aquel.»
Todavia falta.
»Al mismo tiempo he resuelto
»que preso á Lujanes vaya
»don Rodrigo Calderon
»por su inescusable falta
»de sorprender al ministro
»la firma en la ya indicada
»órden de prision.» Amigo...
ved la firma del monarca.

Se la muestra y la ve.

Señor Alcalde, tomad

y obedecer sin tardanza
las regias disposiciones.

ALCALDE. Serán al punto observadas.
Don Alberto... Le devuelve la espada.
Don Rodrigo... Ecsigiéndole la suya.

QUEVEDO. Paciencia. El que á hierro mata...

D. RODRIGO. Yó me vengaré!

QUEVEDO. En la torre
pensad en vuestra venganza
en tanto que yó os escribo
alguna letrilla ó jácara.

D. RODRIGO. Partamos! Se dirige al fondo.

ALCALDE. Que el cielo os guarde. A Quevedo.
Señores, todos en marcha.

Salen puerta foro, D. Rodrigo, los Oficiales y el Alcalde.

ESCENA ULTIMA.

QUEVEDO, Doña ELVIRA y D. ALBERTO.

D. ALBERTO. ¡Permitidme que os abrace!
Doña ELVIRA. ¡Oh! cuánta dicha os debemos! } A Quevedo.

QUEVEDO. Tambien yó al veros dichosos,
dichoso me considero,
que es recíproca en verdad
esta dicha al mismo tiempo.
Doña Elvira, dicha os debe,
vos, dicha debeis á Alberto,
á mí, dicha me debeis
y á vosotros dicha os debo.
Ahora ¡oh, dichosos amantes!
quiera Dios si tregua haceros
bien casados, mientras yó,
vivo muy feliz soltero;
pues si á vosotros os place
la union de ese lazo eterno,
yó, como siempre repito,
bueno está en Roma san Pedro.
Y pues que vais á casaros,
quizá mañana, deseo
antes de salir de aquí,

hablaros del casamiento.

Los toma de las manos y se acerca al proscenio.

Puede ser el matrimonio
el jardin mas pintoresco:
la muger, la flor mas bella,
y el marido, el jardinero.
El amor de este, sin duda
el mas saludable riego,
y la fragancia de aquella,
de aquel, el mayor anhelo.
Si por cuidarla afanoso,
raya su cuido en esceso,
la flor doblando su cáliz
lleva su corola al suelo,
quedándose por lo tanto
sin la flor el jardinero.
Si la mira con desdén
y la toca con despego,
y la escasea el rocío,
y no la libra del viento,
la flor se pierde y se queda
sin la flor el jardinero.
Si en el pensil la abandona
y solo deja que el Cielo
la conserve hermosa y pura,
contad por caso muy cierto
que en cuanto llegue á saberse
la ingratitud de su dueño,
con mucho primor, la cortan,
se la llevan, y laus deo,
y al fin se viene á quedar
sin la flor el jardinero.
Con qne yá que tal oficio
vais á tomar, os prevengo
no olvideis esta pintura
que os hago del casamiento,
por mas que al iros de aquí
digais, como asi lo espero,
¡que cosas tiene tan raras
DON FRANCISCO DE QUEVEDO!

FIN.

CATÁLOGO

Arquitectura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se repar cuadernos semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está te da, y consta de 32 cuadernos. Lujosamente encuadernada, en tres tomos, e vale **38** pesetas.

Prosodia castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.— parte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.- terminada y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntin Lujosamente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** tas **25** céntimos.

Diccionario de Asonantes y Consonantes, por D. Eduardo Be Se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntin Forma un volumen de 1.088 páginas, que encuadernado en tela vale **19** pese

Química orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.° prolor de 924 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provinc La encuadernación en pasta entera, **2** pesetas.

Diccionario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y tana, precedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos gra cales.*—Un tomo en 4.°, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pasta

Métodos de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un vol de 264 páginas en 4.° prolongado, encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMA separado, en rústica, de 32 páginas, **5** pesetas.—El segundo es un volumen con CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y condici

Elementos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carraci Un volumen en 4.° prolongado, con infinidad de grabados intercalados texto, encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

Diccionario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo e encuadernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

Diccionario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De tamaño y precio.

La Tauromaquia, de Rafael Guerra (*Guerrita*).—Se publica por cuade de uno y dos reales, de 32 y 64 páginas respectivamente, con numerosos foto bados intercalados en el texto, representando todas las suertes del toreo.

De la batalla, original de D. Joaquín Dicenta.—Un tomo en 4.°, de 268 nas, **3** pesetas en rústica.

Vade Mecum del estudiante de Derecho, por C. Flavio, abogad ilustre Colegio de Madrid.— Libro de utilidad y necesidad indiscutibles para estudiantes de Derecho. Contiene todas las asignaturas de la carrera, y fácilm se pueden preparar para los exámenes, no sólo de cada una de ellas, sino pa repaso al tomar el grado de licenciado.—Un tomo en 4.°, de 384 páginas, **7** p tas en rústica y **9** en pasta.

El testamento ológrafo, por D. Gabriel Ricardo España, abogado del tre Colegio de Madrid —Un tomo en 4.°, de 256 páginas próximamente. Cont todos los formularios, notas y casos de la vida, para que cada uno de por sí, y consultas, pueda hacer su testamento. Libro de utilidad general y al alcanc todos.

La Muceta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 pág **3** pesetas.

Veinte Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de di asignatura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.° prolongado, **5** pese

Más Pequeñeces.....—*El Jesuíta*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

» » *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.°, **2** pesetas.

Numerosas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cro repartidas por cuadernos semanales.

Biblioteca del Renacimiento Literario.—Van publicados *veinti* tomos, á **2** y **3** pesetas uno.